

XI

Desde lo alto de la empinada escalera de ocho gradas que unía la calle con la puerta de la fortaleza habitada por la señora Savilia y su hijo, se dominaba la plaza, que ahora estaba, no desierta como la víspera, sino llena de mujeres y niños de doce años para abajo, sin que entre ellos se viese un hombre ni para un remedio.

En la primera grada de la iglesia había un hombre que llevaba solemnemente ceñida una faja tricolor: aquel hombre era el alcalde.

Bajo el pórtico, estaba otro hombre vestido de negro, sentado á una mesa en la cual se veía un papel escrito. El mencionado individuo era el notario, y el papel escrito, el acta de reconciliación.

Yo me senté á uno de los lados de la mesa con los padrinos de Orlandi. En el lado opuesto estaban los padrinos de Colona.

Franchi, que tanto estaba en pro del uno como del otro, se colocó á espaldas del notario.

En lo último de la iglesia, en el coro, veíase á los sacerdotes, dispuestos para celebrar el santo sacrificio de la misa.

Sonaron las diez, y, al mismo instante, la muchedumbre se estremeció y dirigió la mirada á las dos extremidades de la calle, si tal nombre puede darse al intervalo desigual que separaba unas de otras unas cincuenta casas construidas á capricho de sus propietarios.

Al punto parecieron, del lado de la montaña, Orlandi, y, del lado del río, Colona, cada uno seguido de sus partidarios; pero, conforme á lo pactado, ninguno de ellos llevaba armas. A no ser los rostros un tanto avinagrados, cualquiera pudo haberlos tomado por cofrades siguiendo una procesión.

Los dos jefes de ambos partidos ofrecían marcadísimo contraste físico.

Como ya he manifestado, Orlandi era alto, delgado, moreno, ágil.

Colona era de baja estatura, rechoncho, robusto, y de cabellos y barba bermejos, cortos y ensortijados.

Ambos llevaban en la mano un ramo de olivo, simbólico emblema de la paz que iban á sellar, y que era una poética invención del alcalde.

Colona sostenía, además, por las patas una gallina blanca, destinada á reemplazar, á título de daños y perjuicios, la gallina que, diez años hacía, diera origen á la contienda:

La gallina estaba viva.

Este punto había sido largamente discutido y por poco lo echa todo á perder, pues Colona miraba como una doble humillación restituir viva una gallina que su tía arrojara muerta al rostro de la prima de Orlandi.

Sin embargo, á fuerza de lógica, Luciano determinó á Colona á entregar la gallina, como, á fuerza de dialéctica, determinó á Orlandi á recibirla.

En el instante en que se presentaron los dos enemigos, las campanas, que habían estado un rato silenciosas, fueron lanzadas á todo vuelo.

Al verse, Orlandi y Colona hicieron el mismo ademán, indicando claramente una repulsión recíproca; ello no obstante continuaron su camino, y, al llegar frente á la iglesia, se detuvieron á unos cuatro pasos uno de otro.

Si aquellos dos hombres se hubiesen encontrado, tres días antes, á cien pasos de distancia, de fijo que uno de los dos habría quedado en el sitio.

No solamente los grupos, más también la muchedumbre guardaron por espacio de cinco minutos un silencio que, á pesar del fin conciliador de la ceremonia, nada tenía de pacífico.

Entonces el alcalde tomó la palabra, y, dirigiéndose á Colona, dijo:

—¿Por ventura se ha olvidado V. de que le toca hablar el primero?

Colona hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y vertió algunas frases en patuá corso, que yo interpreté como expresivas de su pesar de que hubiese estado diez años en venganza con su buen vecino Orlandi, á quien ofrecía en reparación la gallina blanca que tenía en la mano.

Orlandi aguardó que su adversario se hubiese explicado hasta el fin, y contestó con algunas frases corsas ofreciendo no acordarse más que de la reconciliación solemne que en aquel instante se estaba celebrando bajo los auspicios del señor alcalde, con el arbitraje del señor Luciano, y en fe del acta redactada por el señor notario.

Luego los dos se encerraron nuevamente en el silencio.

—Y bien, señores, dijo el alcalde, ¿no estaba concertado que se darían ustedes la mano?

Instintivamente los dos enemigos hurtaron la diestra.

El alcalde se bajó de la grada en que estaba subido, fué á buscar la mano de Colona, y luego la de Orlandi, y tras algunos esfuerzos que procuraba disimular á sus administrados bajo una sonrisa, consiguió unir las dos manos.

Aprovechándose de aquel instante, el notario se levantó, y mientras el alcalde sostenía con firmeza unidas las dos manos, que al principio hicieron cuanto pudieron para desasirse, pero que al fin se resignaron á quedar una en otra, leyó lo siguiente:

«Ante mí, José Antonio Sarrola, notario real con residencia en Sullacaro, provincia de Sarteno,

»En la plaza Mayor de la aldea, frente á la iglesia, en presencia del señor alcalde, de los padrinos y de la población entera:

»Cayetano Orso Orlandi, llamado Orlandini,

»Y Marco Vicente Colona, llamado Scchioppone,

»Han pactado solemnemente lo que sigue:

»Desde hoy 4 de marzo de 1841 cesa la venganza declarada hace diez años,

»Y desde hoy también, los referidos Orlandi y Colona vivirán como buenos vecinos y compadres, como vivían sus parientes antes del desgraciado asunto que sembró la discordia entre sus familias y amigos.

»En fe de lo cual, firman la presente acta, bajo el pórtico de la iglesia de la aldea, con el señor Polo Arbori, alcalde de este municipio, el señor Luciano de Franchi, árbitro, los padrinos de las partes, y yo el notario.

»Sullacaro, á 4 de marzo de 1841.»

Con admiración ví que, por lujo de prudencia, el notario no había dicho palabra referente á la gallina

que en tan pésima situación dejaba á Colona frente á Orlandi.

Así pues el rostro de Colona se despejó tanto cuanto se nubló el de Orlandi. El cual miró la gallina que en la mano tenía, como si hubiese sentido irresistibles tentaciones de arrojársela á la cara á Colona. Sin embargo, una mirada de Luciano de Franchi paralizó en su germen aquella mala intención.

El alcalde, viendo que no había tiempo que perder, subió hacia atrás las gradas del templo sin soltar las entrelazadas manos de Orlandi y de Colona y sin perder de vista á éstos.

Luego, para evitar una nueva discusión que no podía menos de iniciarse en el momento de la firma, atento que cada uno de los adversarios miraría evidentemente como una concesión el firmar primero, cogió la pluma, firmó, y, convirtiendo la humillación en honor, entregó la pluma á Orlandi, que firmó á su vez y la pasó á Luciano, el cual, usando del mismo subterfugio pacífico, la dió á Colona, que trazó su cruz.

En aquel instante los sacerdotes entonaron sus cánticos, como en un *Te Deum* después de una victoria.

Luego firmamos los testigos, sin distingos de categoría ni título, como, ciento veintitrés años antes, la nobleza de Francia había firmado la protesta contra el duque del Maine.

Cumplidas las formalidades expuestas, los dos héroes del día entraron en la iglesia y fueron á arrodillarse uno á cada lado del coro y en el sitio que de antemano se les señalara.

Desde aquel instante Luciano quedó sosegado: todo había concluido, la reconciliación estaba jurada no sólo ante los hombres, pero también ante Dios.

Los divinos oficios continuaron pues hasta el fin

sin que hubiese ocurrido incidente digno de mención, y, una vez terminados, Orlandi y Colona se salieron con el mismo ceremonial, dándose nuevamente en la puerta y por incitación del alcalde la mano.

Luego y acompañado cada uno de ellos de sus amigos y parientes, tomaron ambos el camino de sus respectivas casas, en las que hacía tres años no había puesto los pies ninguno de los dos.

Luciano y yo nos volvimos á casa de la señora Savilia, donde nos esperaba la comida.

En el acrecentamiento de atenciones de que fui objeto, eché de ver claramente que Luciano había leído mi nombre por encima de mi hombro en el momento de escribirlo yo al pie del acta, y que mi nombre no le era del todo desconocido.

Como me llamaban imperiosamente á París los ensayos de *Una boda en tiempo de Luis XV*, por la mañana había manifestado yo á Franchi mi resolución de partir á primera hora de la tarde, resolución en que y por las causas expuestas, persistí pese á las instancias de la madre y del hijo.

Entonces Luciano me pidió licencia para usar de mi ofrecimiento escribiendo á su hermano, y la señora Savilia, que bajo su energía antigua escondía un verdadero corazón de madre, me hizo prometer que entregaría personalmente la carta aquella á su hijo.

Por lo demás, no era para mí grande la molestia, toda vez que Luis de Franchi, como verdadero parisiense que era, vivía en la calle de Helder, n.º 7.

Solicité ver por última vez el cuarto de Luciano, al cual me condujo él mismo, y, mostrándome con la mano cuanto en el cuarto había, me dijo:

—Si le gusta alguno de los objetos que hay aquí, quédese V. con él, que suyo es.

Usando de la galantería de Franchi, fui y descolgué un puñalito colocado en un rincón bastante oscuro para indicarme que no tenía ningún valor, y como yo había visto á Luciano dirigir una mirada de curiosidad á mi cinturón de caza, del que me ensalzara la forma y la distribución, le rogué que lo aceptase, como tuvo el buen gusto de hacerlo desde luego.

En esto se presentó Griffo para anunciar que el caballo estaba ensillado y que el guía me aguardaba.

La ofrenda que yo destinara á Griffo era un como cuchillo de monte, con dos pistolas pegadas á lo largo de la hoja y las baterías escondidas en la empuñadura.

En mi vida he visto una alegría como la suya.

Al bajar me encontré con la señora Savilia, que me esperaba al pie de la escalera para desearme un feliz viaje, en el mismo sitio en que me diera la bienvenida; y una vez hube besado la mano á aquella mujer tan sencilla y tan digna y por la cual sentía yo el más profundo respeto, Luciano me condujo hasta la puerta, donde me dijo:

—En cualquiera otro día ensillaría mi caballo y acompañaría á V. hasta la otra parte de la montaña; pero hoy no me atrevo á salir de Sullacaro, temeroso de que uno ú otro de los dos reconciliados no cometa una majadería.

—Hace V. bien, contesté; en cuanto á mí, tenga usted por seguro que me felicito de haber presenciado una ceremonia tan nueva en Córcega como la á que he asistido esta mañana.

—Sí, dese V. la enhorabuena, repuso Franchi, porque ha visto V. un acto que ha debido de hacer estremecer en sus tumbas á nuestros antepasados.

—Comprendo; para ellos la palabra era bastante

sagrada para que no tuviesen necesidad de que un notario interviniese en la reconciliación.

—No, lo que yo quise decir es que no se habrían reconciliado, replicó Franchi tendiéndome la mano.

—¿No me encarga V. un abrazo para su hermano Luis? dije.

—Sí, y de todo corazón, si no es causar á V. mucha molestia.

—Pues abracémonos; no puedo dar sino lo que reciba. Y en abrazándonos, añadió: ¿Volveremos á vernos?

—Sí, señor, si torna V. á Córcega.

—No, sino si va V. á París.

—Nunca iré, respondió Luciano.

—Por lo que pudiere tronar, hallará V. tarjetas mías sobre la chimenea de su señor hermano Luis. No olvide V. la dirección.

—Palabra que si cualquier acontecimiento me lleva al continente, mi primera visita será para V.

—De acuerdo.

Franchi me tendió por última vez la mano, y nos separamos; pero mientras pudo verme descendiendo la calle que conducía al río, me siguió con la mirada.

La aldea estaba bastante tranquila, aunque en ella podía notarse todavía esa especie de agitación que sigue á los grandes acontecimientos, y, á proporción que pasaba por delante de ella, me alejé mirando con atención y una á una las puertas, en la esperanza de ver salir por una de ellas á mi ahijado Orlandi, que, en verdad, me debía una demostración de gratitud.

—Pero dejé atrás la última casa de la aldea y entré en el campo sin haber visto á Orlandi ni nada que se le pareciese.

Ya había dado yo por admitido que aquél me

olvidara del todo, y confieso que en medio de las graves preocupaciones que debía de sentir Orlandi le perdonaba sinceramente tal olvido, cuando prontamente, al llegar al carrascal de Bicchisano, vi salir de la espesura á un hombre que se plantó en medio del camino, y en el cual conocí al instante á aquel á quien en mi impaciencia francesa y en mi hábito de los miramientos parisienses, tachaba yo de ingrato.

Al punto noté que Orlandi ya había tenido tiempo de enfundarse en el mismo traje bajo el cual me apareciera en las ruinas de Vicentello, quiero decir que llevaba su cartuchera, de la cual pendía la pistola de rigor, é iba armado de su escopeta.

Cuando llegué á unos veinte pasos de él, Orlandi se quitó el sombrero, mientras que, por mi parte, picaba á mi caballo para no hacerle esperar.

—Caballero, me dijo Orlandi, no he querido que partiese V. de Sullacaro sin darle las gracias por la honra que se ha dignado V. hacer á un pobre campesino como yo sirviéndole de testigo; y como en la aldea no tenía el corazón desahogado ni la lengua libre, he venido á esperar á V. aquí.

—Agradezco á V. lo que acaba de decirme, contesté; pero no había para que se distrajesen V. de sus asuntos, y si alguien ha quedado honrado en el de que he sido testigo, soy yo.

—Además, continuó el bandido, ¡que quiere V.! no se pierde en un daga las pajas un hábito de cuatro años. El aire de la montaña es terrible; quien lo ha respirado una vez, se ahoga en todas partes. Ahora mismo, cuando he entrado en una de aquellas casucas, por momentos me temí que iba á derrumbarse sobre mi cabeza.

—Sin embargo, repliqué, es obvio que va V. á

anudar su vida habitual. ¿No posee V. una casa, un campo y una viña, según me han dicho?

—Sí, señor; pero mi hermana guardaba la casa, y los luqueses estaban ahí para cultivar mi campo y cosechar mi uva. Los corsos no trabajamos.

—¿Qué hacen ustedes pues?

—Vigilamos á los trabajadores, nos paseamos con la escopeta al hombro, cazamos...

—Pues que vaya bien la caza, mi querido señor Orlandi, le dije tendiéndole la mano; pero no olvide usted que así el buen nombre de V. como el mío dependen de que en lo sucesivo no tire V. más que contra los verracos, los gamos, los jabalies, los faisanes y las perdices, y nunca contra Marcos Vicente Colona, ni contra persona alguna de su familia.

—¡Ah! excelencia, me respondió mi ahijado con expresión de fisonomía que hasta entonces no había notado más que en los rostros de los litigantes normandos, la gallina que me ha devuelto estaba muy flaca.

Y sin añadir más palabra, Orlandi se internó en el carrascal y desapareció, mientras yo anudaba mi marcha meditando sobre aquella causa de rompimiento probable entre los Orlandi y los Colona.

Al día siguiente y después de haber pernoctado en Albiteccia, llegué á Ajaccio, y á los ocho de haber salido de Sullacaro entré en París.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

XII

El día mismo de mi llegada fuí á casa de Luis de Franchi, y como éste hubiese salido, dejé mi tarjeta, anunciándole por escrito y en dos palabras que acababa de llegar de Sullacaro en línea recta, y que tenía para él una carta del señor Luciano su hermano. Además le pedía que me señalase hora, pues me había comprometido á entregarle personalmente la carta.

Para conducirme al estudio de su amo, donde escribí el billete que dejo dicho, el criado me hizo atravesar el comedor y el salón.

Con curiosidad fácil de comprender, tendi la mirada en torno mío, y en cuanto vi descubrí los mismos gustos de que ya viera una muestra en Sullacaro, sólo que ahora los gustos aquellos estaban realzados con toda la elegancia parisiense; lo cual quiere decir que Luis de Franchi vivía en una hermosa habitación de soltero.

Al día siguiente y mientras estaba yo vistiéndome, esto es á las once de la mañana, mi criado me anunció al señor de Franchi, al cual hice que lo introdujeran en el salón, le ofreciesen periódicos y le

dijesen que á no tardar me pondría á sus órdenes.

En efecto, cinco minutos después entré en el salón.

Al ruido de mis pasos, Luis de Franchi, que indudablemente por cortesía se había puesto á leer un folletín mío, que á la sazón veía la pública luz en las columnas de la *Prensa*, levantó la cabeza, dejándome petrificado su parecido con su hermano.

—Caballero, me dijo Luis levantándose, apenas pude dar crédito á mi buena suerte al leer ayer el billete que me entregó mi criado al regresar yo á mi casa; tanto, que le hice repetir una y otra vez las señas particulares de V., para cerciorarme plenamente de que estaba en consonancia con los retratos que de V. conozco. Por último, esta mañana, en mi doble impaciencia por darle á V. las gracias y saber de mi familia, me he presentado aquí sin fijarme en la hora, lo que me hace temer que he sido sobradamente madrugador.

—Perdóneme V. si desde luego no respondo á su cariñoso cumplido; pero confieso á V. que estoy mirándole y dudo si es al señor Luis ó al señor Luciano de Franchi á quien me cabe la dicha de dirigir la palabra.

—¿Verdad que el parecido es estupendo? profirió Luis sonriéndose; y todavía cuando estaba yo en Sullacaro, mi hermano y yo casi éramos los únicos que no podíamos equivocarnos en este punto. Con todo eso, si desde mi partida Luciano no ha dado al traste con sus costumbres corsas, tiene V. que haber visto en un traje que nos diferencia algo.

—Precisamente, repliqué, el acaso hizo que en el instante de despedirme de él, Luciano vistiese igual que V. ahora, menos los pantalones blancos, que todavía no están presentables en París en este

tiempo: de lo cual resulta que ni siquiera puedo apoyarme en la diferencia de traje de que V. habla, para separar la presencia de V. de su recuerdo. Y sacando de mi cartera la carta de Luciano, continué: Pero le apremiaré á V. el saber de los suyos; tome V. pues la carta; ayer la hubiera dejado en casa de V. á no haber prometido á la señora de Franchi entregarla á V. personalmente.

—¿Estaban todos buenos al salir V. de Sullacaro?

—Sí, pero desasosegados.

—¿Respecto de mí?

—Respecto de V. Pero hágame V. el favor de leer la carta.

—Con su permiso.

—Usted lo tiene.

Franchi abrió la carta, y, mientras la leía, yo me puse á hacer cigarrillos, sin por esto dejarlo de vista.

—¡Oh buen Luciano! ¡oh madre querida!.. Sí... sí... comprendo, decía de tiempo en tiempo y sonriéndose Luis mientras leía con rapidez la carta fraternal.

Yo todavía no había vuelto del asombro que me causara aquel extraordinario parecido; no obstante, como me lo dijera Luciano, Luis tenía el cutis más blanco y hablaba con más pureza el francés.

—¿Y bien? dije á Franchi una vez éste hubo leído la carta y ofreciéndole un pitillo que encendió en el mío; ya ha visto V. que los suyos estaban en zozobra, pero por fortuna sin razón por lo que veo.

—No tanto como V. supone, profirió Luis con tristeza. No he estado enfermo, es verdad; pero tuve una seria pesadumbre, enconada todavía por el pensamiento de que al sufrir yo aquí, hacía sufrir á mi hermano en Sullacaro.

—Lo que V. acaba de decirme, repuse, también me lo dijo su hermano; pero si quiere V. que hable con franqueza, para que yo creyese que un caso tan fuera de lo común era verdad y no una ofuscación de su espíritu, me era menester nada menos que la prueba que en este instante se me ofrece. ¿Conque también V. está en la persuasión de que el malestar que el hermano de V. sentía en Sullacaro dependía de la pesadumbre que V. sentía aquí?

—Sí, señor.

—Entonces, como la afirmativa de V. hace que me interese todavía más en lo que á V. le pasa, permítame V. que, por interés y no por curiosidad, le pregunte si la pesadumbre de que hace poco me ha hablado V. ha pasado ya y si está V. en vías de consolarse.

—Ya sabe V. que los dolores más punzantes se adormecen con el tiempo, me contestó Luis. Si un nuevo incidente no viene á enconar la herida de mi corazón, por más que todavía sangrará algún tiempo, al fin se cicatrizará. Entretanto, reitero á V. las más encarecidas gracias, y le ruego que me autorice para venir de vez en cuando á echar con usted un parrafito sobre Sullacaro.

—De mil amores, dije, pero ¿por qué desde luego no continuamos una conversación que me es tan agradable como á V.? Mire V., mi criado viene á anunciarme que el almuerzo está servido. Hágame V. la merced de comer una chuleta conmigo, y luego conversaremos á nuestras anchas.

—Siento en el alma no poder aceptar, contestó Franchi; pero ayer recibí una carta del ministro de gracia y justicia citándome para el ministerio á las doce en punto, y ya comprende V. que siendo,

como soy, un abogadillo, no me es permitido hacer aguardar á un personaje de tal fuste.

—¿Probablemente ha citado á V. para hablarle del asunto de los Orlandis y los Colonas?

—Lo presumo, y como mi hermano me dice que la enemiga ha terminado...

—Ante notario, puedo garantizárselo á V., pues firmé el pacto como padrino de Orlandi.

—Sí, mi hermano me escribe algunas palabras sobre el particular.

—Escuche V., profirió Luis consultando su reloj, son las doce menos algunos minutos, y no puedo menos de encaminarme al ministerio para decirle al ministro de gracia y justicia que mi hermano ha cumplido su palabra...

—Religiosamente, respondo á V. de ello.

—¡Oh buen Luciano! ya yo sabía que, aunque fuese contra su parecer, lo haría.

—Y hay que agradecersele; porque en verdad le ha costado.

—Ya volveremos á hablar de eso más adelante; porque ya comprenderá V. que para mí es una dicha ver de nuevo, con los ojos de la mente, evocados por V., á mi madre, á mi hermano y la tierra en que nací. Conque, si me hace V. el obsequio de darme hora...

—En la actualidad es bastante difícil. Durante los primeros días de mi regreso voy á pasar el tiempo andando de acá para allá. Esto no quita que me diga V. dónde podré encontrarle.

—Mañana es el tercer jueves de cuaresma, ¿no es así?

—¿Mañana?

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—¿Va V. al baile de la Opera?

—Sí y no. Sí, si V. me lo pregunta para que nos encontremos en él; no, si no me mueve á ir á él ningún interés.

—Yo no puedo menos de ir; estoy obligado á ello.

—¡Ah! proferí sonriéndome, veo que, como ha dicho V. hace poco, el tiempo adormece los dolores más punzantes, y que la herida de su corazón está en camino de cicatrizarse.

—Se engaña V., pues probablemente voy á él en busca de nuevas angustias.

—Pues no vaya V.

—¿Acaso hace uno lo que quiere? Me veo arrastrado á pesar mío; voy adonde me empuja el hado. Ya sé que más me aprovecharía no ir, y sin embargo iré.

—¿Conque mañana nos veremos en la Opera?

—Sí, señor.

—¿A qué hora?

—A las doce y media, si le parece.

—¿Dónde?

—En el salón de descanso. A la una tengo una cita frente al péndulo.

—Corriente.

Nos estrechamos la mano, y Luis se salió apresuradamente.

Faltaban pocos segundos para medio día.

En cuanto á mí, empleé la tarde y todo el día siguiente en las diligencias indispensables á todo hombre que acaba de hacer un viaje de diez y ocho meses, y por la noche, á la hora acordada, llegué al lugar de la cita.

Luis no se hizo esperar, y llegó después de haber seguido por los corredores á una máscara á quien le pareció conocer, pero que, antes de alcanzarla, se había perdido entre la muchedumbre.

Una vez reunidos, intenté hablar de Córcega; pero Franchi estaba distraído en demasía para seguir una conversación tan formal.

—¡Ah! aquí está mi ramo de violetas, exclamó prontamente Luis, que había tenido casi constantemente puestos los ojos en el péndulo.

Y se entretejió entre la muchedumbre para emparejar con una mujer que, efectivamente, ostentaba un gran ramo de violetas en la mano.

Como, por fortuna para los paseantes, había en el salón ramos de toda especie, á no tardar se me acercó un ramo de camelias que tuvo la amabilidad de felicitarme por mi feliz regreso á París.

Tras el ramo de camelias vino un ramo de rosas pequeñas, y tras éste, otro de heliotropos, y estaba ya al quinto ramo, cuando dí de manos á boca con D..., que al verme me dijo:

—¡Ah! ¿es V.? bienvenido sea, porque llega V. de perlas; esta noche cenamos en mi casa con fulano y mengano, y contamos con V.

—Se lo agradezco de veras, amigo mío, repliqué; pero á pesar de mi buen deseo no puedo aceptar, pues he venido con un compañero.

—¡Hombre! es obvio decir que cada cual tiene derecho á acompañar á alguno, y ya está pactado que en la mesa había seis jarros de agua destinados á conservar frescos los ramos.

—Esta vez no ha dado V. en firme; no tengo ramo alguno que meter en los jarros que V. dice; ya he manifestado á V. que me he venido con un amigo.

—Pues bien, ya sabe V. que los amigos de nuestros amigos, etc.

—Es un joven á quien V. no conoce.

—Bueno, lo conoceremos.

—Le propondré esta ganga.

—Y si no acepta, nos lo conduce V. tirándole de las orejas.

—Prometo hacer cuanto esté en mi mano... ¿A qué hora la cena?

—A las tres; pero como estaremos á la mesa hasta las seis, tiene V. tiempo de sobra.

—Está bien.

Un ramo de miosótides, que tal vez había oído la última parte de nuestra conversación, cogió entonces del brazo á D..., y se alejó con él.

Poco después encontré á Luis, el cual, según toda probabilidad, había dado fin á su aventura con el ramo de violetas.

Como mi dominó era menos que medianamente ocurrente, lo envié á embromar á uno de mis amigos, y me apoyé en el brazo de Franchi, á quien pregunté:

—¿Ha sabido V. lo que se proponía saber?

—Sí, señor, me respondió Luis: ya sabe V. que, por regla general, en un baile de máscaras no nos dicen más que lo que deberían dejarnos ignorar.

—¡Pobre amigo mío! repuse. Y V. pèrdone que le dé este título; pero paréceme que conozco á V. desde que conocí á su hermano... Vamos á ver... Es V. desventurado, ¿no es verdad?... ¿Qué le pasa?

—Nada que valga la pena de ser repetido.

Esta respuesta de Franchi me dió á comprender que mi compañero quería guardar su secreto, y me callé.

Dimos dos ó tres vueltas sin proferir palabra: yo, bastante indiferente, pues no aguardaba á persona alguna; él, siempre ojo avizor y examinando todos los dominós que pasaban á tiro de nuestras miradas.

—¿Sabe V. lo que debería hacer? dije de improviso á Franchi.

—¿Yo? exclamó Luis estremeciéndose como hombre á quien arrancan de sus meditaciones. No... ¿Qué dice V.? Perdóne...

—Voy á proponerle una distracción de que me parece está V. muy necesitado.

—¿Cuál?

—Véngase V. á cenar conmigo en casa de un amigo.

—No, gracias, haría un comensal demasiado fastidioso.

—¡Bah! se hablará alegre y esto le distraerá.

—Por otra parte, no estoy convidado.

—Se engaña V., lo está.

—Muy amable se muestra el anfitrión de V.; pero no me siento digno...

En esto nos cruzamos con D..., que al parecer tenía puesta toda su atención en su ramo de miosótides, aunque no hasta el punto de que no me viese.

—¿Estamos de acuerdo, no es así? me dijo D... A las tres.

—No, no estamos de acuerdo, repliqué; no puedo disfrutar de la compañía de ustedes.

—¿No? pues á la porra, profirió D... sonriéndose y continuando su camino.

—¿Quién es ese caballero? me preguntó Luis para decirme algo.

—Es el señor D..., uno de mis amigos, muchacho de gran talento, por más que sea gerente de uno de nuestros diarios más importantes.

—¡El señor D...! exclamó Franchi. ¡Qué! ¿V. le conoce?

—¡No he de conocerlo! hace dos ó tres años que me ligan á él relaciones de interés y sobre todo de amistad.

—¿Por ventura tenía V. que cenar en casa de él?

—Sí, señor.

—¿Luego me ofrecía V. conducirme á casa del señor D...?

—Sí.

—Así ya es distinto; acepto, acepto de todo corazón.

—¡Enhorabuena! no que no le haya costado á usted decidirse.

—Quizá debiera no ir, repuso Franchi sonriéndose con tristeza; pero ya recuerda V. lo que ayer le dije: no vamos adonde deberíamos, sino adonde nos impele el destino; y la prueba está en que más me habría valido no venir aquí esta noche.

En esto volvimos á cruzarnos con D...

—Mi amigo, le dije, ha mudado de parecer.

—¿Conque es V. de los nuestros?

—Sí.

—¡Bravo! Sin embargo debo hacerle á V. una advertencia.

—Diga V.

—Es que cuantos cenén con nosotros hoy, deben cenar también con nosotros pasado mañana.

—¿En virtud de qué ley?

—En virtud de una apuesta con Chateau-Renaud.

A estas palabras, Luis, que tenía su brazo apoyado en el mío, se estremeció vivamente. Volvíme para mirarlo, y, aunque estaba más pálido que poco antes, su rostro continuaba impasible.

—¿Qué apuesta? pregunté á D...

—Sería larga de contar, me respondió mi amigo. Además, en la apuesta está interesada cierta persona que podría hacérsela perder si oyese hablar de ella.

—Entendidos pues, dije; hasta las tres.

—Hasta las tres.

Separámonos de nuevo, y, al pasar por delante

del péndulo, fijé los ojos en la muestra y ví que eran las dos y treinta y cinco.

—¿Conoce V. al señor Chateau-Renaud? me preguntó Luis con voz de la que en vano intentaba disimular la emoción.

—De vista.

—¿Luego no es amigo de V.?

—Ni siquiera conocido.

—Mejor, profirió Luis.

—¿Por qué?

—Por nada.

—¿Y V. lo conoce?

—Indirectamente.

Pese á lo evasivo de la respuesta, eché de ver fácilmente que entré Franchi y Chateau-Renaud había una relación misteriosa de la que era conductor una mujer. Entonces comprendí instintivamente que para mi compañero lo mejor sería que cada uno de los dos nos recogiésemos.

—¿Me autoriza V. para que le dé un consejo de amigo? dije á Luis.

—Sí.

—No vayamos á cenar á casa de D...

—¿Por qué no? ¿No nos espera, ó por mejor decir no le ha manifestado V. que le llevaba un comensal?

—Sí; pero no es por eso.

—¿Por qué pues?

—Porque se me antoja que vale más que no vayamos. Nada más.

—Pero V. se apoyará en una razón para mudar de consejo; hace poco insistía V. para llevarme á casa de D... casi á pesar mío.

—¡No faltaría sino que encontrásemos en ella á Chateau-Renaud!

—Mejor; dicen que es muy amable, y me pla-

cerá grandemente entablar con él más amplias relaciones.

—Corriente, dije. Pues V. se empeña, vamos allá. Bajamos por nuestros gabanes, y nos salimos.

D... vivía á dos pasos de la Opera; y como la noche estaba templada, y me dí á entender que el aire libre calmaría un poco á mi compañero, le propuse y aceptó el ir á pie.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XIII

En el salón encontramos á algunos amigos míos, asiduos concurrentes de las tablas de la Opera, inquilinos del palco infernal; y además, y como yo sospechara, á dos ó tres dominés sin careta y con sendos ramos en las manos ínterin llegaba el instante de plantarlos en los jarros.

Huelga decir que Luis de Franchi fué cortésmente acogido por aquellos y aquellas á quienes lo presenté.

Diez minutos después llegó D... en compañía del ramo de miosótides, que se quitó el antifaz con una confianza y una facilidad que delataban tanto á la mujer hermosa como á la mujer acostumbrada á aquella clase de diversiones.

En cuanto hube presentado á Franchi á mi amigo D..., dijo B...:

—Si se han hecho ya todas las presentaciones, pido que nos sentemos á la mesa.

—Ya están hechas, replicó D..., pero todavía no han llegado todos los convidados.

—¿Quién falta?

—Chateau-Renaud.